

LOS DOS NIÑOS

(DE GIOVANNI PASCOLI)

I

De tarde. La pareja bulliciosa
de niños retozaba alegremente
en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente
lanzáronse, con pasmo de los tilos,
insólitas palabras, a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos
parpadeos de cólera inflamada,
por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada
garganta, y por sus pálidas mejillas
la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas,
buena madre, y con voz dominadora,
separas las airadas fierecillas
y les ordenas: «¡Hacia el lecho, ahora!»

II

Las sombras lo circuyen. Procesiones
de fantasmas, el labio sigiloso,
parecían surgir de los rincones.

Y fué de oírse el lánguido sollozo
crecer bajo el imperio de algo oscuro
que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro
movimiento, y entrambos corazones
se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobremanto de vellones,
la madre—tras la palma sonrosada,
la luz—a remirar a sus leones.

Contéplalos absorta: en apretada
red de abrazos, se estrechan dulcemente.
Duermen ambos, el ala replegada.
Y ella los besa con amor riente.

III

¡Hombres! en vuestras iras de felinos
pensad en el misterio pavoroso
que amaga vuestros míseros destinos;

pensad en el silencio tenebroso
que sobrevive al grito delirante,
y, de la guerra, al ímpetu furioso.

¡Hombres, paz! En la tierra vacilante
enorme es el misterio, y sólo atina
el que brinda su amor al semejante.

¡Paz, hermanos! La mano que se inclina
tarde o temprano a acariciar, desame
el gesto airado, la pasión dañina,

a fin de que la calma se derrame
por nuestra faz, cuando sin ser oída,
se acerque, sin que nadie nos la llame,
¡la Muerte con su lámpara encendida!

APARICIÓN

(DE STÉPHANE MALLARMÉ)

La luna se velaba. Serafines llorosos
con el arco en los dedos, adolorida el alma,
pensaban en la calma
de las dormidas flores de tallos vaporosos,

y heridas por sus manos, las moribundas violas
rompían en sollozos de un albor invisible,
que rozaban, rozaban
el azul apacible de las tibias corolas:

¡Era el día bendito de tu beso primero!

La febril fantasía que las almas consume,
por herirme, a sabiendas se embriagó del perfume
de tristeza que lanza
la cosecha de un sueño, sobre el sér que lo alcanza.

Mientras miraba el suelo con mirar abstraído.
en la calma, en la tarde, te me has aparecido
como un hada riñente,
como el hada risueña de mis tiempos mejores,
como el hada riñente que—de blancos fulgores

coronada la frente—
pasaba ante mis ojos,
pasaba ante mis ojos turbados dulcemente
dejando que sus manos regasen, mal cerradas,
¡nevados ramilletes de estrellas perfumadas!

JUSTICIA

(DE AUGUSTO DE ARMAS)

- ¡Te adoro! —¿Tú quién eres? —¿Yo? la figura inquieta
que carga un Infinito, que mide un Universo.
—Descúbreme tu nombre. —Me llaman el Poeta.
—¿Cuál es tu Dios? —El Arte. —¿Y tu destino?
—El Verso.
—¿Tendrás ropajes de oro, de púrpura, de raso?
—Me visto de jazmines y lumbre y armonía.
—Caballos tienes? —Suelo vagar sobre Pegaso.
—¿Y tu mansión? —Muy alta: ¡donde florece el día!
—¿Tu madre, tus mayores? Contéstame sincero:
¿tuviste noble cuna de vaporoso tul?
—¡Sí! nuestra raza es vieja: por padre tuvo a Homero
¡y por blasón un cisne que voga en el Azul!
—¿Tendrás, a fuer de hidalgo, riquezas a millares?
—¡Sí! tengo indeficiente, magnífico tesoro:
las arcas del banquero y el cofre de los Czares
no vieron más cintillos, más gemas ni más oro:

Tengo ríos de ópalo y selvas de granate,
y mares de esmeralda y abismos de zafir,
del Rímac todo el oro, y el ámbar de Maskate,
¡las minas de Golconda, los nácares de Ofir!

- ¡No mientas! —¡Niña mía, no es un falaz
ensueño!
—¿Do guardas esos dones, dignos de nueva Assur?
—Lejos de aquí, muy lejos, en el jardín del sueño,
muy lejos de tus ojos, ¡en el sereno Azur!
—Confórmate queriéndome con loco desvarío.
—De tu beldad yo solo sabré medir el precio:
Aguárdate; por siempre te adoré, bien mío,
si el corazón me entregas. — ¡Recibe mi desprecio!

EL ARTISTA

(DE OSCAR WILDE)

Ardió su alma, una noche, el deseo vehemente
de perpetuar tu imagen, PLACER QUE SOLAMENTE
POR UN INSTANTE DURAS—y fué por el Mundo
a conseguir el bronce para sus esculturas.
Y era el bronce la única obsesión de su mente.
Mas en el Mundo había desaparecido el bronce:
en la extensión del Mundo se erguía únicamente
el bronce de una estatua:
la del DOLOR QUE DURA ETERNAMENTE.

Esa estatua, obra suya, púsola con sus manos,
en días ya lejanos,
en la tumba del único sér que adoró en la vida....
En la tumba desierta de la muerta criatura
que amara con pasión enloquecida
levantó la figura dolorida
como alma de su alma, como eterna señal
del Amor de los Hombres que perdura,
y como vivo símbolo
del Dolor de los Hombres que para siempre dura.
Y en la extensión del Mundo

GUILLERMO VALENCIA

63

no había ya más bronce
que el de aquella escultura.

Arrancóla el Artista del sarcófago, y luego,
sobre la enorme boca de un horno incandescente
vióla fundirse, al ósculo devorador del fuego.
Y con el bronce mudo
del DOLOR QUE PERDURA ETERNAMENTE
modeló de otra estatua la figura:
La estatua del PLACER QUE SÓLO DURA
UN INSTANTE.

LA BALADA DE LA VIDA EXTERIOR

(DE HUGO VON HOFMANNSTHAL)

Y crecen los niños con ojos profundos que no saben nada,
y crecen y mueren, y todos los hombres imitan su marcha.

Y crecen los árboles,
y las frutas ásperas
en dulces devienen, y las frutas dulces
—como ruedan los pájaros muertos—
se caen de noche, de las quietas ramas,
yacen pocos días
o se pudren luego sobre la hojarasca.

Y soplan y soplan y soplan las ráfagas,
y siempre de nuevo nosotros oímos
palabras,

palabras que hablamos,
y siempre, de nuevo, sentimos
el placer y el cansancio que sienten
los miembros en todas las razas.

Y corren caminos por entre la yerba,
y, desparramadas,

hay ciudades que prenden antorchas,
y viven entre árboles,
y tienen cisternas que nos amenazan,
fatídicamente sin aguas:

¿Y por qué las hicieron? ¿Las unas
a las otras ciudades igualan?
¿son pocas? ¿son muchas? ¿su cifra es muy larga?
¿y de dónde vienen los cambios que alternan
la risa con lágrimas?
y de dónde vienen
las mejillas pálidas?
y con todo é ello
los hombres ¿qué ganan?
estos juegos sublimes y eternos
que somos nosotros, que son nuestras almas?
¿seguimos siquiera
la meta deseada?
¿de qué pueden servirnos las cosas,
las innumerables cosas miradas?

. . . . Y, con todo, muchísimo dice
el que dice: ¡la Tarde! palabra
que destila sentido muy hondo
y un raudal de tristeza que mana
cual la miel que en suavísimos grumos,
de los huecos panales resbala

EL SEÑOR DE LA ISLA

(DE STEFAN GEORGE)

El señor de la Isla
que hay en el Sud, nos dijo la leyenda
que narraban sencillos pescadores,
a la luz del hogar, bajo su tienda:

en la Isla dorada,
donde perfuman como abiertos pomos
ricas gomas y verdes cinamomos;
en la Isla silente,
donde, al canto de límpida corriente,
brillan las gemas de color süave,
hubo un extraño morador: ¡un ave!
De pies en la ribera,
su pico de marfil descogollaba
la más alta palmera;
cuando sus alas, rojas
como sangriento caracol de Tyro,
turbaban el murmullo de las hojas
al revolar en el ambiente puro,

lentas, pesadas, flojas,
asemejaban nubarrón obscuro.

De día siempre oculta
bajo las ramas, al caer la tarde
posábase del mar en las orillas,
donde mezclaba el viento,
del ave rara el flauteado acento
y el olor de las algas amarillas.

Sacando la cabeza los delfines
amadores del canto
llegaban de los últimos confines
en constelado coro,
y al golpe musical de sus aletas
cruzaban por el piélagos saetas,
chispas doradas y plumajes de oro.

Así vivió los siglos. Indiscreto
el ojo de la humana criatura
no la midió, violando la espesura:
el náufrago tan sólo,
que de sus antros lóbregos Eolo
arrojó sin piedad, tal vez la oyera
cantando en la ribera
al morir de una tarde silenciosa . . .

Cuando por vez primera
llevó su leño un ágil navegante
a la Isla distante,
se puso el ave a contemplar a solas
lo triste de la estela
en las intactas olas
donde flotaba la dormida vela,
y subiéndose al ápice de un monte

vio por última vez el horizonte
 de su playa querida,
 de su Isla desierta,
 y, las alas enormes desplegadas,
 con grandes voces de dolor ahogadas
 llenó la inmensidad, y cayó muerta....

LAS GUACAMAYAS

(DE STEFAN GEORGE)

Mis guacamayas blancas tienen
 penachos de color de azafrán,
 y, entre su jaula, cabecean
 en tenues aros de metal.

Sin cantos ni gritos se duermen
 y las alas no abren jamás:
 mis guacamayas blancas sueñan
 con sus dátiles y su palmar...

ANIVERSARIO

(DE STEFAN GEORGE)

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí:
Hoy ha siete veranos que lo vimos:
recuerda... En tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

INTERPRETACIÓN

(DE PETER ALTEMBERG)

El joven estaba leyendo a la dama joven y pálida El Aniversario, de Stefan George.

«Lee usted de una manera, dijo ella. ¡Tal parece como si fuera el poeta! ¿En dónde está la belleza de esta poesía? Yo la siento solamente.... Si usted tuviera la bondad de contármela.»

El respondió: «Lo bello está en la sencillez de la tristeza. Los novios murieron, dice el poeta. Las novias dicen sencillamente: «El día del aniversario iremos a traer agua de la fuente, en el cántaro de tierra gris, en aquel sitio de la pradera en que se alzan dos álamos y un haya.» «Gracias,» dijo Paulina.

Y luego añadió: «¿En qué está la tristeza de esta poesía?»

«En nada. La tristeza es así. Sucesos de la vida diaria, pensamiento silencioso a la orilla de la fuente, en la pradera, donde hay dos álamos y una haya.»

Silencio....

Paulina se inclinó un poco hacia adelante, con las manos puestas sobre las rodillas, y dijo: «¡Tiene usted una manera de explicarlo! Da una con lo triste, lo palpa. ¡En verdad, usted es el poeta!»

«¡Ciertamente, yo soy el poeta!»

«¡Ah!... Y ¿qué es Stefan George?»

«El poeta.»

«¿Y yo?»

«El poeta. ¡Los tres juntos somos el poeta!»